

Silabear la lengua de un poeta

Desde muy joven tuve la suerte de acercarme a la poesía de **Enrique González Rojo** a través de su espléndido libro *Para deletrear el infinito*, publicado por Cuadernos Americanos en 1972. Desde aquella época su poesía me pareció un portento inaccesible frente a mi escasa cultura, pero me subyugaron sus imágenes, su inmensa catarata de recursos poéticos que seguramente no entendía, al igual que los conceptos filosóficos entre los que discurrían sus largos poemas. Sin embargo, su mirada me reveló un entorno poético que inconscientemente yo quería habitar y ahora que he sumado, con mejores elementos aprehensibles su poesía, su obra forma parte de mis adicciones que con frecuencia gozo, pues considero que la poesía de Enrique González Rojo Arthur ha dado una apertura de inmensidad a un mundo en donde muchas veces quienes amamos la poesía andamos a tientas por estrechos laberintos oscuros y sin lámpara.

Alguna vez se me ocurrió encontrar una semejanza entre la presencia de este enorme poeta con algún elemento de la naturaleza y pensé en un árbol magnífico y esta equivalencia radicaría en que su poesía hunde sus raíces en la tierra y logra acceder a sus profundos secretos, crece silenciosamente sumando metáforas que unifica filosóficamente entre sus versos, capa tras capa, hasta formar la corteza de un árbol robusto, capaz de resistir las agresiones del presente hostil que nos rodea. En medio del estruendo, en la tormenta, dialoga con el rayo y en su rutina de sonoridades, canta con los pájaros al viento, trascendiendo su voz en el espíritu de quienes tenemos la fortuna de conocer su obra.

Esta ocurrencia tiene sentido, pues en el primer canto de *Para deletrear el infinito* encontramos la idea que inconscientemente guardé:

*¿Hay árboles que piensan,
madera solipsista,
que de su propio tronco va naciendo
la selva circundante,*

*y que si se les riega
la lluvia cotidiana del cuidado,
hacen que el universo
viva un ligero aumento de lo verde?*

Con esta idea quisiera simplemente expresar una sensación de atmósfera expandida que su poesía provoca, pues ha tomado la savia de sus propios ancestros que le han dado los minerales propios para su estar en el mundo de la gran poesía mexicana. Esta genealogía de abolengo poético a la que pertenece le asignó también el compromiso de que en su continuidad llegara a conmover nuevas sensibilidades, para plantearnos la urgencia de transformaciones éticas, dentro de una realidad que requiere no sólo de críticas profundas, sino de sabiduría filosófica, de imaginación, de pasión y una fuerte dosis de ternura y estos son algunos de los atributos que en su poesía se exponen.

Cuando planteo el símil de que nuestro poeta es un árbol inmenso me refiero también a que su poesía nos ofrece una inabarcable temática, pues los asuntos que han ocupado el alma de Enrique González Rojo son todas las preocupaciones del hombre pleno y esto nos lo dice claramente:

*En la mesa del poeta
_que concentra todo el mundo
dado a luz por la ventana_
están los montes,
los riachuelos,
las muñecas rotas,
los lápices sin punta, agonizantes (...)
De todo eso, de todo
ha de hablar el poeta:
su tema lo tiene a la mano,
a la niña del ojo... (**Poeta en la ventana** pp. 54-55)*

De tal suerte que su obra tiene un largo caminar filosófico, en un ir y venir interminable, pues entre la vida y la muerte está el tiempo que nos asalta en dudas y hallazgos:

Veamos. Es preciso
mostrar que en el reloj la manecilla
si bien la examinamos
no es otra cosa
que la astilla
de una caja de muerto. (*Para deletrear el infinito*, p. 197)

El tema de la muerte es una de las líneas que atraviesa su obra, pero este asunto va tomando distintos coloridos, hay un largo poema, bellissimo que está reunido en la antología *En un descuido de lo imposible*, en el que nos dice:

¿Nada me queda ya?
Con lo poco, lo poquísimo que guardo,
Con estas que podríamos llamar
las pertenencias últimas,
o mi fortuna en el aquende,
(...)
¿Nada me queda ya?
¿En el despeñadero de cuál de mis latidos
voy a perderlo todo?
¿Cuándo vendrá la nada
con sus manos amantísimas
a cerrarme los ojos? (*En un descuido de lo imposible*, p. 40)

Con serena actitud Enrique González Rojo mira el destino de todo ser humano como si abriera la ventana para mirar con sencillez la verdad que han engendrado todas las religiones y el asunto central de la filosofía.

Lo que contempla el poeta,
Lo que está entre sus hambrientas pupilas
Y las diferentes posturas del viento,
Es una ventana, no más que una ventana. (Ídem. P. 66)

Y así como de la sombra a la luz proviene el día, encontramos también un eje poético cargado de erotismo, pero no pensemos el texto vulgar de evidencias cachondas, al que muchos quisieron entrar para sentirse liberados de sus propios prejuicios. El erotismo de Enrique González Rojo es fino, elegante, emanado de la reflexión y atemperado con la estética:

Ay el sexo, el sexo,
Siempre trae consigo el viejo escándalo,
Los dulces, persistentes, excitantes
Desfiguros de la naturaleza. (Ídem. P. 70)

Olvidos, ay, que me roban discretamente, (...)

La palabra seductora con que supe
Forzar la cerradura de una carne... (Ídem., p. 39)

No hagas que la palabra prohibición
Monte guardia en ninguna de las partes
Que conforman tu cuerpo. (Ídem., p. 79)

Asustada de amor,
Temblando desde el cuerpo hasta el deseo,
Aceptó que no había mejor sitio
Para hacer que los dos nos ocultáramos
Del mundo que debajo de las sábanas.

(...)

Nuestra guerrilla urbana
Colocó por las calles, en los sótanos,
En alguna colonia del peligro
O en uno de los barrios estratégicos
Del orden existente,
Nuestros más amorosos explosivos. (*Para deletrear el infinito*, P. 93)

Toda gran poesía es producto de un trabajo constante; de una cultura sólida; de una sensibilidad refinada, alimentada de lecturas y de todas las llamas del arte de los siglos; pero también es producto de la decisión de provocar, de estar en pugna con lo convencional y envejecido. De ahí que Enrique Gonzáles Rojo manifieste en su obra una actitud moderna, que emana del juego experimental que surge entre en el pasillo del laboratorio del ensayista y el estudio del poeta. Esta actitud dialéctica le ha permitido combinar distintas estructuras poéticas frente a sus diferentes estados anímicos: así podemos encontrar una serie de minipoemas cargados de humor e ironía:

Que la moraleja,
Para volverla interior,
Sea devorada
Por los animales de mis fábulas. (*Ídem.*, p. 103)

Sin embargo, la mayoría de sus poemas son largos y anclados en el verso libre, aunque también le ha interesado escribir en formas clásicas, como el soneto y en otras variantes métricas, empleando con toda conciencia los recursos poético que le parecen pertinentes. Por lo que también ha reflexionado en la teoría de la literatura a través de sus textos de poética, en donde analiza la preceptiva retórica que todo poeta que se respete debe conocer para ponerla en práctica.

Esta es otra de las aportaciones que Enrique González Rojo ha dado a la literatura, pero curiosamente, en este trabajo teórico encontramos también un acercamiento a su proceso creativo personal:

... Mis inquietudes literarias se manifestaron con cierta precocidad, no fue sino hasta la etapa que viví con mi abuelo, cuando se revelaron de manera imperiosa e intransferible... nunca he sido como el pájaro que suelta su canto sin saber por qué, que gorjea sin preguntarse el origen interno y externo de su capacidad..."

(Más adelante escribe:) "... en mi libro se planteaba que el poeta debía fundar su operación creativa en tres principios básicos: la originalidad, la complejidad y la claridad... En la actualidad reduciría esos tres principios a sólo dos: la personalidad poética y la eficacia expresiva"

Así pues, sus reflexiones sobre la poesía encuentran su coherencia en su práctica creadora:

El poeta dejó de imitarlos
cuando advirtió que sus nuevos poemas (...)
empezaron a perder voces, vocablos, letras,
absorbidos por el tonel sin fondo, o barril de precipicios
que hay a veces en la hoja de papel... (*Poeta en la ventana*, p. 52)

Este ejercicio teórico es en sí mismo una labor de generosidad, pues nos ofrece todas las horas de estudio y reflexión que le dio a su trabajo tan cuidadosamente, en favor del conocimiento y utilidad que los posibles artistas de la palabra requieren.

Así pues, otro de los hilos que atraviesan la tela de la poesía de Enrique González Rojo es su sentido pedagógico, pues con la claridad que lo caracteriza, nos ayuda a *silabear* por el camino de su obra. Su actitud crítica, tanto frente a la creación poética, como ante los problemas sociales y políticos que en nuestro contexto se manifiestan influye poderosamente en el pensamiento de las generaciones de sus nuevos lectores; de ahí que también se aboque a examinar críticamente el lenguaje de la poesía política:

El poeta creyó encontrar su nueva inspiración
en una poesía comprometida, encabronada, puesta a convivir
con los parias y menesterosos.

Confundió la poesía con el aullido
que brota como géiser de la muina,
y, tras de forjar en su mano derecha,
la escultura apretada de la lucha
y el corazón indómito del canto,
creyó que la rabia y la denuncia,
escritas con mayúsculas,
inauguraban nuevos géneros
literarios. (*Poeta en la ventana*, p. 53)

No debemos olvidar que gran parte de su poesía no sólo impugna al poder, sino que escudriña el origen histórico de las luchas sociales, tal como lo vemos en el Cuarto canto del libro *Para deletrear el infinito*: (leer un fragmento, p.148)

Cuestionar la rapiña que envuelve todos los ámbitos en los que el poder se ostenta, es fundamentalmente un asunto ético, y la obra de Enrique González Rojo es profundamente ética:

Dadme un hombre capaz
de renunciar al poder
para ponerlo en el centro de mi corazón,
para volverlo héroe legendario
que hizo de la excepción
la vergüenza de la regla. (*En un descuido de lo imposible*, p. 29)

Pero el problema ético no puede deslindarse de la estética y nos advierte que la visión estética es ineludible frente a cualquier temática de la poesía:

No sé si sabes
Que la belleza de un poema (...)
No existe fuera e independientemente
De él. (...)
Escucha. La belleza es el producto
De un poema altamente organizado,
Con vocablos que hincan sus raíces
En la página sin roturar
Y arrojan sus frutos
En tu mente. (*Poeta en la ventana*, p. 25)

Ahora que hemos intentado silabear por los versos que conforman la poesía de Enrique González Rojo ¿Podría ser pertinente preguntar en qué radica la grandeza de su poesía? Y yo contestaría que toda su inmensidad está atravesada por un eje de congruencia entre su fuerza expresiva y su ternura; en su sabiduría profunda y juguetona; en su complejidad y claridad; en su cuestionamiento crítico y su certeza de que, a pesar de que la poesía no resuelve los problemas del mundo, por lo menos penetra en el espíritu humano y puede alebrestarlo.

Esto lo sabe bien nuestro poeta, por eso su palabra es peligrosa, porque recorre con sus cantos zonas baldías y deja en su transitar una “galería de milagros.”

Aurora Cristina Gómez Barajas.